

BOWES, Kim (2010): *Houses and Society in the Later Roman Empire*. Great Britain: Duckworth Academic Publishing, 144 pp. ISBN-10: 0715638823, ISBN-13: 978-0715638828

Esta monografía ofrece una revisión del estado de la cuestión actualizada de diferentes aspectos y ámbitos de las casas del Imperio romano tardío. Partiendo del análisis de diversos trabajos de investigación punteros, presenta un estudio de carácter comparativo, tanto de las fuentes escritas de época tardoantigua, como de diversos yacimientos arqueológicos rurales y urbanos cruciales para el estudio de esta etapa. La obra parte de publicaciones relativas al tema desde principios del s. XX y llega hasta la actualidad, aunque el texto se centra con especial interés en las interpretaciones de los registros arqueológicos y documentación de los años noventa e inicios del presente siglo.

La contraportada del libro expone en su sinopsis una sugerente proposición que motiva a profundizar en su lectura: “A menudo, las viviendas parecen ser espejos fidedignos de la sociedad, fósiles de las estructuras familiares, las jerarquías sociales y mapas mentales de los mundos, hoy desaparecidos”. Estas palabras sintetizan la introducción con que K. Bowes presenta su texto, ya que la imagen que parece reflejarse de la sociedad tardoantigua pasa a convertirse en la construcción de una realidad que una parte de esa sociedad quiso exhibir.

El volumen está dividido en cuatro capítulos que se compendian en un pequeño texto introductorio, donde se examinan catálogos regionales y estudios conceptuales de las dos últimas décadas que reflejan la diversidad de ámbitos y de enfoques multidisciplinarios. El estudio de cerca de un millar de casas, tanto en entornos urbanos como rurales, ha aportado nuevos datos y materiales que dan pie a nuevas interpretaciones e intervenciones arqueológicas. La autora reivindica la valoración de estas casas y las casas en sí mismas, puesto que forman parte de la cultura material del Imperio Tardío y, como tales, sirven de soporte para hacer una exploración del carácter particular de esta sociedad. Según M. Rostovtzeff se trataba de una sociedad de castas, mientras R. Bianchi Bandinelli sostiene que es en esta época cuando comienza el surgimiento de un proletariado provincial frente a las élites urbanas; todo ello se ha utilizado para responsabilizar a la *domus* urbana de la

desaparición del gobierno participativo y del nacimiento de un campesinado protofeudal, dependiente de las grandes villas áulicas. Es un periodo que parece ser testigo de la lenta decadencia de los antiguos hábitos sociales y la aparición de formas proto-medievales de vida. El paradigma más extendido considera a estas grandes y lujosas *domus*/villas residenciales como un instrumento de dominación social, donde se desarrollaban elaboradas formas de clientelismo, donde se mostraban las diferencias sociales entre desiguales y donde estaban ritualizados los encuentros entre pares. Aunque Bowes considera todas estas perspectivas, entiende estas moradas no como un producto de la jerarquización, y sí, como puntos de concentración de la competencia social, provocados por cambios y reformas económicas y sociales. De ser así, la élite debería ser definida en función de la casa donde habita, y será la casa la que definirá las reputadas categorías sociales de sus propietarios, por lo que la cultura material se convierte en “agente social”, y comenzará a producir un aparato crítico en sí misma.

El capítulo 1, titulado “Inventando la casa tardorromana”, parte de la presentación de las casas griegas del *oikos* clásico tardío, las casas tardorrepublicanas y del temprano imperio romano. Bowes explica cómo las descripciones textuales de Jenofonte o de Vitruvio para describir estos edificios, y la noción generalizada de casa ‘prototipo’ han marcado el punto de partida para posteriores interpretaciones. Los trabajos más recientes aportan una nueva visión que concede a las diferentes dependencias una mayor multifuncionalidad. La autora observa que el problema clave es que no existen registros, ni casas bien conservadas de una amplia gama de categorías sociales, por lo que resulta obligado considerar diversos enfoques y metodologías.

Estas viviendas han sido inspiradoras de abundantes argumentaciones que explican la evolución de otros periodos. Desde principios y hasta mediados del s. XX se respaldó la idea de que la arquitectura tardoantigua fue el germen de la arquitectura medieval, tanto de las formas palaciegas como de las iglesias de la época. También las ceremonias sacras de los palacios imperiales tardorromanos se entendieron desde la mirada del triunfante cristianismo y se asociaron y valoraron unidas a las ceremonias de la liturgia cristiana, al compartir espacios arquitectónicos similares –uso del ábside, simetría y/o plantas centralizadas,

arcadas columnadas—, donde una sociedad autocrática orquestaba sus movimientos alrededor de lo más sagrado, la figura imperial. Bowes explica en el texto como es a partir de los años 80 cuando cambia esta perspectiva, y deja de ser el emperador el eje que rige toda la vida social y constructiva. Y. Thébert y S. Ellis ofrecen la primera explicación del análisis socioespacial de las casas tardoantiguas, profundizando en la organización interna del espacio doméstico, las fases constructivas sucesivas, las ampliaciones y reducciones de las habitaciones o el uso del ábside. A juicio de Ellis estas casas tardías fueron testigo de cómo la política participativa municipal dio paso a los tratos a puerta cerrada entre poderosos. Baldini-Lippolis destaca la jerarquización y la ritualización de los comportamientos, alegando que este tipo de arquitectura quiere ser un modelo que imitaba a la antigua corte, donde el emperador es sustituido por el *dominus*.

El capítulo 2, dedicado a “La Arqueología en las casas romanas tardías”, se estructura en dos partes: en la primera se realiza una comparativa entre los primeros *corpora* publicados con información de las excavaciones tempranas y las nuevas interpretaciones reforzadas con estudios recientes. Los primeros inventarios están incompletos porque los antiguos métodos de excavación no registraron bien los hallazgos arqueológicos —la cerámica, los huesos, etc.—, y faltan por documentar las fases estratigráficas, los informes contextuales o las plantas de los conjuntos domésticos; como resultado las dataciones de las casas se basaban en el análisis de los estilos artísticos de los mosaicos o de las esculturas, por lo que las fechas adjudicadas a dichas residencias podrían variar notablemente. Además esas percepciones fragmentarias proporcionaron una visión de la élite tardoantigua claramente sesgada, donde se enfatiza la diferencia entre clases sociales, y se acentúa el estudio del espacio interior de las viviendas. Las conclusiones que aportaron es que algunos espacios funcionales, como por ejemplo, los *triclinia* absidiados, eran lugares dedicados a la ritualización de los banquetes, que las salas de audiencia sirvieron para las actividades cívicas desarrolladas dentro de la esfera privada, y que la separación de los comedores y las salas de recepción indicaban la jerarquización social y la separación de los espacios públicos y privados.

Bowes pone en duda la idea de que existiera realmente una separación drástica del espacio, de las

funciones sociales y de la jerarquización dentro de las casas tardoantiguas. Tras describir el modelo de Ellis que parte de la interpretación espacial de un reducido número de casas localizadas en las provincias romanas de Oriente y norte de África, la autora considera que este patrón no debería ser extrapolable al resto de viviendas de época tardoantigua. Siguiendo a Lewis, se apunta un cambio sustancial entre las viviendas romanas republicanas, que se entendieron como moradas abiertas y públicas y donde pareció existir una democratización de los espacios, y las casas tardías, a las que se les asignó un modelo que separaba las áreas privadas de las públicas, y donde se manipulaban los encuentros sociales mediante la arquitectura.

La segunda parte del capítulo, dedicada a *Comedores y ábsides*, percibe la integración en época tardía de la arquitectura civil en la doméstica, tanto en el ámbito urbano como rural, en los nuevos elementos decorativos y en las formas curvilíneas. Estas aportaciones pudieron ser producto del gusto de la época por las composiciones simétricas, pero también sirvieron para dirigir la mirada del espectador hacia los exquisitos suelos decorados al traspasar los peristilos. Ellis y otros han defendido que estas articulaciones arquitectónicas fueron claves a la hora de entender el espacio jerarquizado y ritualizado, organizando el mismo en base a la importancia social que el *dominus* quisiera atribuir a sus invitados. Pero Bowes lo considera poco probable ya que no entiende el espacio como una respuesta instintiva de los imperativos sociales.

El capítulo 3 se dedica a las interpretaciones históricas y arqueológicas de casas tardoantiguas que generalmente se presentan como producto de una gran estratificación social y relacionadas a un comportamiento ritual muy desarrollado.

A pesar de que las relaciones sociales de patrocinio han derivado de fuentes escritas —Libanio, Salviano y los Códices legales de Teodosio y Justiniano— que han sido interpretadas sobre la base de la diferenciación social, trabajos más recientes ponen en duda estas marcadas separaciones mostrando un mundo diferente, donde investigadores como J. U. Krause y C. Kelly entienden a los *clientes* como ricos, pobres, senadores, curiales o granjeros, es decir, personas que pretendían acceder, como en el Imperio temprano, a préstamos, a la ayuda legal o a la promoción por parte de sus

patronos. Estos estudios son un indicio clave a la hora de revisar y reelaborar teorías que expongan una notable jerarquización social, y las asociaciones con los *triclinia* y los espacios de recepción domésticos. Tras examinar las relaciones de patrocinio, Bowes deduce que las distinciones sociales no se crearon automáticamente, sino que se ampliaron las grandes opciones y las alternativas de patronazgo.

Sobre las relaciones entre ciudades y casas, la autora vuelve a Ellis, con sus trabajos dedicados al Oriente del Imperio, y a sus teorías, que señalan que las casas urbanas estuvieron ligadas a la desintegración del gobierno municipal participativo, y con ello a la descomposición de los centros cívicos. Investiga cómo las funciones hasta ese momento ejercidas por el gobierno municipal pasaron a desempeñarse deliberadamente en las grandes salas de recepción absidiadas de estas viviendas, desarrollando el clientelismo y actividades lucrativas privadas, que sustituyeron a la vida cívica. Pero el texto también nos acerca a nuevas hipótesis que ponen en duda estos paradigmas, poniendo en tela de juicio la relación de causalidad entre el crecimiento de estas casas y el declive de las instituciones municipales. Parece que los nuevos papeles judiciales y evergéticos también pudieron asumirlos nuevas figuras emergentes, hombres de orígenes confusos, que ocuparon puestos poco claros, pero se piensa que unidos a un pasado burocrático o militar. Las fuentes indican que estos notables no reemplazaron por completo al orden curial establecido, sino que coexistieron ambos grupos dedicados a diferentes funciones en el gobierno municipal. Por lo tanto, es razonable suponer que la construcción de estas casas tardorromanas sirvió para alojar a los rangos superiores del gobierno provincial, así como a esta nueva élite heterogénea y vinculada con la ampliada burocracia imperial.

Respecto a la relación entre el ámbito rural y las casas, la autora indica que las villas rurales se han estudiado en contextos locales más cuidados que los contextos urbanos. Una de sus características es que muestran más diferencias espaciales que las viviendas urbanas, tanto por el terreno del que dispusieron para su construcción, como por hallarse normalmente menos alterados los estratos arqueológicos para su estudio. A las lujosas villas de Aquitania, Bretaña, Hispania, Pannonia, sur de Italia o Sicilia se les ha otorgado hasta ahora el papel de grandes

propiedades que absorbían y controlaban grandes territorios dominados por muy pocas familias, adjudicándoseles la creación de grandes jerarquías sociales. Otros autores citados en el texto, como Steven, van más allá, e indican que los datos recogidos en las excavaciones arqueológicas no aportan suficiente información sobre estas casas y sus territorios, ya que no se sabe cuál fue su tamaño, su organización o los modelos de las propiedades y la propia excavación no nos indica quién fue el dueño. También D. Vera sostiene un modelo controvertido para las villas de época tardía, que indica que las casas sirvieron a sus propietarios como “residencia” y principal fuente de ingresos, alquilando las tierras a tenentes libres. Este tipo de relación implicaba que los colonos vivieran fuera de las grandes villas, y no como en el temprano Imperio, donde las relaciones de esclavitud implicaban destinar dependencias en las casas para este personal.

El capítulo 4 trata de las “Nuevas interpretaciones” y se organiza en cuatro secciones que examinan aspectos más generales vinculados con las casas: relaciones con la Sociedad, la Historia, la Geografía y finalmente su definición como aparatos para la competencia social.

Aquí la autora explica que las casas, y en especial las de la élite, son producto de un diseño de formas intencionadas cuyo objeto es transmitir los valores sociales. Bowes insiste en factores que deberían ser tenidos en cuenta, como por ejemplo, la periodización. Hasta el momento se ha asumido que las viviendas deberían ser representativas del periodo histórico en el que se han construido, y por ello tienen unas características concretas que las diferencien del resto. Para las casas tardoantiguas se presupone mayor privacidad, jerarquización y ritualización de los espacios resultado del análisis aplicado de un determinado modelo histórico social de la arquitectura doméstica. Esas cualidades, supuestamente únicas, son compartidas con las casas tempranas, y sus cambios corresponden a una evolución de las mismas, normalmente influidas por el devenir sociopolítico. El número de personas que conformaban los grupos de poder se incrementó, dando paso a una competencia generada entre ellos que marcó el boom de las casas del s. IV y principios del V, y no como se ha defendido hasta ahora, por la dominación de aquellos grupos sobre sus inferiores. Bowes propone una correlación entre los puntos de abastecimiento de la

administración imperial –civil o militar– y las concentraciones de casas o villas monumentales. Observa que las casas urbanas tienden a concentrarse en las capitales de provincia o en diócesis como Constantinopla, Afrodisias, Atenas, Éfeso, Sardis, Mérida, Milán, Trier u Ostia, y opina que estas casas pudieron cumplir la función de centros administrativos dominados por la élite gobernante municipal.

Para finalizar se presenta una recopilación interesante, muy variada y actualizada de la bibliografía utilizada para respaldar las diferentes interpretaciones que se exponen a lo largo de toda la monografía. Han pasado muchos años desde las primeras

publicaciones relacionadas con los modelos imperiales tempranos de viviendas romanas y la sociedad que las habitó, por eso el libro que nos ocupa se puede considerar un trabajo maduro y actualizado, que nos introduce y actualiza las visiones aportadas por un gran número de investigaciones recientes, y nos acerca a otro periodo de la Historia romana, la Antigüedad Tardía después de muchos y largos años de estudio.

Carmen López San Segundo

Dpto. Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología
Universidad de Salamanca